



Javier Roz - DETRÁS DEL OJO LEJOS - Ateneo de Málaga – Mayo 2013

Uno no puede hablar si no de uno mismo, es imposible huir de ello, por tanto la única opción coherente es profundizar (se), en mi caso, a través del dibujo, algo inherente al ser humano.

Los materiales son humildes; el grafito y el papel. La aproximación; ascética e íntima. Dibujar para uno mismo, el proceso como quizás, único fin posible, pues toda obra es inacabada.

Lo que en un principio era una exploración de la mirada, de su reciprocidad y de lo que hay detrás de ella, evoluciona por el acontecimiento que supone la reciente muerte de mi padre, en una meditación de cómo representar lo que queda más allá de la mirada, más allá de las palabras, lo que queda en un plano más profundo y a la vez reflexionar sobre el proceso del paso del tiempo.

La mirada.

“Sólo con los ojos la pintura no se ve del todo” Proverbio Chino

El rostro anónimo y sin embargo la impresión de sentirse reflejado en la muda mirada del otro, testigo y parte. Si todo lo que podemos hacer es hablar de nosotros mismos, entonces todo es autorretrato y solo queda, desde la paciencia del dibujo, desde el gris del grafito, buscar, reconstruir una mirada, un más allá de ella, un instante de lucidez quizás en estos rostros aislados en el espacio y el tiempo, suspendidos y atemporales. Y así, sabiendo que es una lucha perdida de antemano, pues la representación siempre se quedará en la orilla, hacer de esta lucha la única recompensa.

El proceso, el tiempo, más allá de lo representable.

“Detrás del ojo lejos la búsqueda comienza.” Samuel Beckett

¿Qué queda cuando quitamos el sujeto? El gesto, la línea, la marca, el andamiaje, la fina red que todo lo sustenta y relaciona. De esta depuración máxima de los elementos, y de la necesidad de partir de la experiencia antes comentada surgen los dibujos de la serie *“El retorno al orden de las cosas que caen”* una continuación natural y radical de mi interés en el proceso del dibujo.

Todos estos dibujos parten de algo tan frío como reducir una vida a unos factores numéricos: días vividos, días vividos en común, días por vivir y, desde aquí realizar marcas siguiendo un proceso orgánico (gestos realizados, gestos borrados, gestos rehechos) un proceso cíclico que tiene algo de simbólico; vida, muerte y comienzo de un nuevo ciclo (o la posibilidad utópica de reconstruirla de otra manera) y, no menos importante, un proceso que conlleva una experiencia física (el esfuerzo físico, la concentración, el desgaste de los materiales) en lo que supone crear miles de marcas o gestos (positivos o negativos) en cada dibujo. Y que cada marca signifique.

No son pues obras abstractas; cada pieza se estructura en torno a una reflexión previa sobre el paso del tiempo, su negación, su posibilidad de cambio, su aceptación, que da lugar a un procedimiento de trabajo diferente, en un intento de ir más allá de la mirada, de la imagen, quedado solamente tramas de infinitos matices.

De pie, haciendo marcas, andando, apuntando la cuenta, haciendo más marcas, borrando, apuntando, escuchando la música, los pasos, como un trance, una danza, una meditación, un ritual para tratar de comprender el paso del tiempo, lo efímero.

Y al final, el gris, que es un umbral, niebla, melancolía pero también serenidad.

Que cada marca signifique.

Al final, quizás sólo se trata de dibujar para poder seguir dibujando.

Javier Roz. Abril 2013